

tante, así en la historia del pasado como en nuestros acontecimientos contemporáneos, para no desear más; y de consiguiente deseamos con ansia que la diplomacia haga en la víspera de una lucha lo que haría al día siguiente de una victoria. ¡Únase Europa enérgicamente para esta causa de justicia y de paz! ¡Debe estar con nosotros, porque siempre estaremos con ella, para defender su honor, su equilibrio y su seguridad!»

En resumen, el folleto es pacífico en la superficie, pero belicoso en el fondo: lo que pide, es decir, la abolición de los tratados y la liberación de Milán y de Venecia, no se puede obtener sino por la guerra. Lo reconoce así el mismo autor, porque después de haber enumerado las fuerzas militares de Austria y sus formidables posiciones estratégicas en el Norte de Italia, añade: «De estos hechos resulta, para todo hombre de guerra, la verdad incontestable de que la nacionalidad italiana no será jamás resultado de una revolución, y que no podrá obtener buen éxito sin el auxilio extranjero.» Este auxilio es el de Napoleón III y su ejército francés.

Por primera vez se acaba de ver á un soberano infundir en la opinión pública su programa personal, y transformarse en cierto modo en periodista que publica un largo artículo sin firmarle.

XXXII

EL DISCURSO DE LA CORONA

Difícilmente se podría formar hoy idea de la importancia de los discursos de la corona durante el segundo Imperio. Napoleón III los redactaba él mismo con el mayor cuidado; corregía las pruebas, y los pronunciaba con voz fuerte y sonora, que oían muy bien los asistentes. El emperador tenía el privilegio de poder, con una sola frase ó una simple alusión, hacer bajar ó subir las Bolsas del mundo entero. Enviados inmediatamente por telégrafo á todos los países civilizados los discursos imperiales, eran por todas partes objeto de infinitos comentarios; estudiábanse minuciosamente todas las frases, y á menudo se deducían conclusiones contradictorias.

Jamás había sido esperado un discurso de la corona con más impaciencia que aquel con que Napoleón III debía abrir las sesiones del Senado y del Cuerpo legislativo el 7 de febrero de 1859. El folleto del vizconde de La Guéronnière había visto la luz pública tres días antes, y se tenía mucho empeño en saber si el soberano reproduciría del todo ó en parte las ideas expresadas en aquél. El público hacía diversas apreciaciones sobre dicho folleto; los unos le consideraban como un acontecimiento grave; los otros como un simple anuncio, y éstos se esforzaban en disminuir su alcance. Así en el terreno de los negocios como en el diplomático, aún había incertidumbre respecto á las verdaderas intenciones del emperador, y esperábase que el discurso de la corona disiparía las inquietudes, desvaneciendo los equívocos. La ceremonia tuvo lugar en la nueva sala del Louvre, destinada á la apertura de las sesiones legislativas, y á la cual se dió el nombre de sala de los Estados. El trono estaba sobre un estrado en el fondo de la sala, y á su derecha elevábase la tribuna de la emperatriz. Media hora antes de la llegada del emperador, las grandes corporaciones del Estado, las comisiones y las personas invitadas ocupaban los sitios que se les habían reservado. En las gradas del trono, á derecha é izquierda, hallábanse los cardenales, los ministros, los mariscales y almirantes y una comisión de los caballeros gran cruz de la Legión de Honor, así como los individuos del Consejo de Estado. Frente al trono, á la derecha, estaban los senadores, y á la izquierda los diputados; en la galería superior de la derecha veíanse los individuos del cuerpo diplomático con sus esposas, y las demás damas invitadas ocupaban la galería superior de la izquierda.

A la una, la emperatriz, precedida y seguida de los principales jefes, de los oficiales y de las damas de su cuarto, entró en la sala en medio de las aclamaciones repetidas de «¡Viva la emperatriz!»

Apenas la emperatriz hubo tomado asiento en su tribuna, el cañón de los Inválidos anunció la salida del emperador del palacio de las Tullerías, á quien precedían y seguían los grandes oficiales de su cuarto; el soberano se dirigió á la sala de sesiones por la gran galería de cuadros del Louvre, y ocupó el trono, teniendo á su derecha al rey Jerónimo y á su izquierda al príncipe Napoleón; después pronunció con voz firme y acentuada su discurso, cuya primera parte pareció muy pacífica. «La emoción que acaba de producirse, dijo, sin apariencia de peligros inminentes, puede muy bien sorprender, porque revela al mismo tiempo demasiada desconfianza y excesivo temor. Parece que se ha dudado, por una parte, de la moderación de que siempre di tantas pruebas, y por la otra, del verdadero poder de Francia. Por fortuna, la mayoría del pueblo está lejos de sentir semejantes impresiones.» El emperador recordaba después su declaración hecha en Burdeos: *el Imperio es la paz*, «queriendo probar con esto, añadía, que si el heredero del emperador Napoleón subía al trono, no volvería á comenzar una era de conquistas, sino que inauguraría un sistema de paz que tan sólo pudiera ser perturbado por la defensa de los grandes intereses nacionales.»

Esta última frase comenzó á sembrar la inquietud, opinándose que Napoleón III consideraría tal vez una guerra en favor de Italia como la defensa de grandes intereses nacionales que tuvieran relación con Francia.

El emperador se extendió después sobre sus disentimientos con Austria en la cuestión de los Principados Danubianos, y añadió con este motivo que el interés de Francia está dondequiera que deba prevalecer una causa justa y civilizadora. En el fondo usaba un lenguaje sibilítico al decir: «Me mantendré inexorable en la vía del deber, de la justicia, del honor nacional, y mi gobierno no se dejará llevar ni intimidar, porque mi política no ha de ser nunca ni provocadora, ni pusilánime.» Todos se preguntaban si el soberano quería la paz ó la guerra.

Mientras que el emperador hablaba, la actitud de los que le rodeaban era curiosa de observar. Senadores y diputados hacían ademanes de aprobación al oír cuanto parecía deber tranquilizar los ánimos y ofrecía garantías pacíficas; pero cuando el lenguaje imperial se convertía en enigmático y obscuro, se abstentían de toda demostración, sin prodigar los aplausos acostumbrados, hasta el fin del discurso, que terminaba así: «Cuando sostenido por el voto y el sentimiento popular se suben las gradas de un trono, el favorecido se eleva, por la más grave de las responsabilidades, sobre la región ínfima donde se discuten intereses vulgares, y se tienen por primeros móviles, así como por últimos jueces, Dios, la conciencia y la posteridad.»

Por la lectura, el discurso producía una impresión más belicosa que por la

audición. Desentrañando su sentido oculto, meditando las frases sobre las causas justas y civilizadoras que se debían hacer prevalecer sobre la situación anormal de Italia y sobre la comunidad de intereses entre el Piamonte y Francia, las imaginaciones perspicaces creyeron ver en palabras al parecer muy moderadas las señales precursoras de una guerra próxima. En Turín esta fué la impresión general, y así el rey Víctor Manuel como el conde de Cavour vieron como un estímulo y una promesa en el discurso imperial. En Viena, por el contrario, se le dió ó por lo menos se aparentó darle una significación pacífica.

El 8 de febrero se leía en la *Correspondencia Austriaca*, diario oficial: «El discurso pronunciado por el emperador Napoleón al abrirse la legislatura es propio para que desaparezcan los temores de guerra que se habían producido últimamente en Europa... El emperador Napoleón no hará llamamiento alguno á las fuerzas del país gobernado por él, sino en defensa de los grandes intereses nacionales del país, y como esos grandes intereses no están amenazados por ningún lado, ni hay nadie que trate de perjudicar la posición y la autoridad de tan gran imperio como el de Francia, creemos estar perfectamente fundados al participar de la confianza de Europa, considerando que la paz no se perturbará.»

El 11 de febrero, el marqués de Bonneville escribía al conde Walewski: «Como el interés principal del discurso del 7 de febrero estriba en la mención que se debía hacer sobre el estado de las relaciones de Francia con Austria, este discurso era esperado en Viena con más ansiosa impaciencia que en otras partes. La sensación ha sido profunda, y jamás la autoridad y el prestigio de la palabra del emperador habían impresionado los ánimos tan poderosamente como ahora; mas como era natural preverlo, las primeras impresiones fueron contradictorias, y cada cual ha buscado desde luego, según sus disposiciones personales, la confirmación de sus temores ó la justificación de sus esperanzas... En cuanto al gobierno, no vaciló en declararse satisfecho, é interpretó en un sentido pacífico y conciliador el discurso del emperador Napoleón. Esta declaración ha influido con buen éxito contra las impresiones contrarias, y particularmente las que sintió la diplomacia alemana, siempre demasiado dispuesta á desconfiar de Francia.»

El encargado de Negocios, que deseaba ardientemente el mantenimiento de la paz, añadía en el mismo pliego: «El conde Buol me ha hablado del discurso con admiración, elogiando sin reserva la nobleza, la habilidad, la calma y la franqueza de lenguaje. El emperador Napoleón, me ha dicho, creyéndose obligado á recordar *su fuerza y su moderación á Francia*, ha contraído respecto á ella un nuevo compromiso de perseverar en su política *firme, pero conciliadora*. Ahora depende de Austria, en este momento prudente, moderada y de conciliación, ligar á Napoleón con Europa para que contraiga respecto á ella el mismo deber.» El marqués de Bonneville concluye así: «Creo que se siente aquí la necesidad de todo esto y que se desea.»

En resumen, el gobierno austriaco había querido desvanecer los temores y dirigir la opinión pública, indicando inmediatamente por el artículo de un diario oficial la impresión que él mismo adoptaba. La diplomacia europea, que se disponía á trabajar para pedir el mantenimiento de los tratados, impidiendo la guerra, aparentó que tomaba en serio las palabras pacíficas de Napoleón III, repitiendo con él: «¡Lejos de nosotros las falsas alarmas, las desconfianzas injustas! Esperamos que la paz no se perturbará.» La nota optimista prevaleció todavía durante algún tiempo. El emperador tuvo buen cuidado de ocultar sus secretos pensamientos, y evitó con prudencia chocar de frente con la opinión pública, que en Francia y en todas partes del extranjero, excepto en el Piamonte, se pronunciaba contra la guerra. Por lo tanto se pudo creer, durante algunas semanas aún, que las ideas de paz y conciliación predominarían.

XXXIII

LOS PARTIDARIOS DE LA PAZ

A principios de 1859, yo iba casi todas las noches á los salones imperialistas; allí se hablaba mucho de política extranjera, y las conversaciones eran interesantes; de modo que pude reconocer hasta qué punto, no tan sólo en los ministerios, en las embajadas, en la presidencia del Senado y en la del Cuerpo legislativo, sino en las mismas Tullerías, se hacían votos por la paz, criticándose las tendencias belicosas. Fuera de algunos militares, ávidos de aventuras y de gloria, de ascensos y condecoraciones, no encontré persona alguna que se declarase partidaria de una guerra con Italia. Cuando los prefectos iban á París, los mismos ministros les recomendaban que no dejaran ignorar al emperador que sus administrados deseaban con ansia el mantenimiento de la paz. Esto era en el mundo oficial una especie de consigna.

Tan sólo algunos confidentes íntimos del soberano deseaban, como él, la guerra; pero guardábanse muy bien de confesarlo, pues Napoleón III quería que, si desnudaba el acero, se creyese que era Austria quien le había obligado á ello. Toda su política tendía á conducir las cosas de tal manera que el emperador Francisco José apareciese como el agresor. Evitaba, pues, todo cuanto se hubiera podido considerar como una provocación, y no desanimaba á ninguna de las personas que abogaban cerca de él por la causa de la paz.

Los individuos del Cuerpo legislativo decían casi todos que, excepto algunos liberales avanzados y unos cuantos revolucionarios, sus electores se pronunciaban con la mayor energía contra las tendencias belicosas. La sumisión universal impedía por sí sola á la Cámara manifestar sus sentimientos ruidosamente; y aun en aquellos que protestaban con más ruido de su fidelidad al emperador y á la dinastía se notaban ya los gérmenes de una sorda oposición á las ideas cuyo primer síntoma había sido el discurso del trono. Los diputados imaginaron una ligera manifestación bastante benigna, pero que tenía su significación. Llamados á nombrar los presidentes y secretarios de las mesas, no eligieron ninguno de sus colegas que tuvieran un grado militar ó un cargo en la corte.

El conde de Morny, presidente del Cuerpo legislativo, era uno de los principales partidarios de la paz, y no lo ocultó en el discurso pronunciado por él en 8 de febrero en la apertura del Congreso. Cuando dijo que «la religión, la

civilización, el crédito y el trabajo habían hecho de la paz el primer bien de las sociedades modernas,» resonaron unánimes aplausos. «La sangre de los pueblos, añadió, no se derrama ya ligeramente. La guerra es el último recurso del derecho desconocido ó del honor agraviado. La mayor parte de las dificultades las allana la diplomacia, ó las resuelven arbitrajes pacíficos. Las comunicaciones internacionales, tan rápidas ahora, y la publicidad han creado una nueva potencia europea, con la que todos los gobiernos se ven obligados á contar, y esta potencia es la opinión. Podrá ser un momento indecisa ó ignorada; pero siempre concluye por ponerse al lado de la justicia, del derecho y de la humanidad.» Cuando hablaba así, el conde de Morny expresaba el sentimiento de toda la Cámara.

En el mundo de los negocios se manifestaban por todas partes análogas disposiciones. Hacendistas, especuladores, bolsistas, fabricantes y comerciantes expresaban los mismos deseos que los campesinos y los agricultores, los mismos que las poblaciones de las ciudades y de los campos: el deseo de la paz era universal.

Los diarios, hasta aquellos que manifestaban las más vivas simpatías por el Piamonte y admiraban más al conde de Cavour, pronunciábanse contra la guerra. M. Eugenio Forcade, que redactaba entonces la crónica de la quincena en la *Revista de Ambos Mundos*, escribía el 31 de marzo: «Para ser aceptado por la conciencia de los pueblos, es preciso hoy que la guerra se les presente como una inevitable necesidad. Nada de lo que ha podido aprender hasta este día el público francés nos revela ese carácter de irresistible necesidad de la guerra que nos amenaza: esta última no puede surgir más que de la cuestión italiana. Sería posible que la lucha pareciese necesaria á los mismos italianos, que arden en deseos de librar su patria de toda dominación extranjera. En cuanto á nosotros, profesamos una sincera simpatía á los patriotas italianos y les reconocemos el derecho de ser jueces desde el momento en que deben intentar la conquista de su independencia por las armas; pero con una condición, y es que su empresa les ligue solamente á ellos, reconociendo que los franceses no tienen ni los mismos derechos, ni los mismos deberes, ni los mismos intereses que los italianos, cuando se trata para ellos de resolver si hay motivo para cooperar por una guerra inmediata á la independencia de Italia.

En 1852, en el momento en que el conde de Cavour acababa de ser nombrado primer ministro del rey Víctor Manuel, M. Thiers, de paso por el Piamonte, escribía: «He visto un país juicioso, un gobierno excelente y un ejército admirable. Si el Piamonte continúa conduciéndose bien, y si Francia no le arrastra consigo en una vía de *locas aventuras*, será algún día el fundamento en que podrá erigirse una Italia; pero necesita muchos años de paz y de buena conducta. La guerra le perdería.» En 1859 tal era todavía la opinión, no solamente de M. Thiers, sino también de casi todos los diplomáticos franceses.

M. de Persigny, M. Drouyn de Lhuys y M. de Morny eran partidarios, el

primero de la alianza inglesa, el segundo de la alianza austriaca, y el tercero de la alianza rusa; pero había un punto en el que todos tres se hallaban de acuerdo, y era su oposición al principio de las nacionalidades; á M. de Morny le parecía que este principio estaba apoyado principalmente por los revolucionarios y decía: «Los revolucionarios no son jamás amigos muy seguros; se sirven de las simpatías que excitan para llegar á sus fines, pero no tienen ni agradecimiento ni moderación.»

El conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros en 1859, pertenecía, como su predecesor, M. Drouyn de Lhuys, á la escuela del pasado. Esencialmente conservador, defensor conocido del poder temporal del Papa, amigo personal del rey de Nápoles y del gran duque de Toscana, consideraba los tratados como un arca santa, mostrándose por todas partes y siempre opuesto á la revolución. Los diplomáticos franceses participaban casi todos de las opiniones de su jefe; consideraban peligroso un auxiliar como Garibaldi, y á pesar del *Memorial de Santa Elena*, eran hostiles al sistema de las grandes aglomeraciones nacionales. A sus ojos, la fuerza de Francia consistía en su unidad, y su interés era no trabajar para que sus vecinos adquiriesen una fuerza de que ella tenía el privilegio. Creían que cuanto más pequeños eran los Estados limítrofes, más grande era Francia, y declarábanse en consecuencia partidarios del particularismo en Alemania, lo mismo que en Italia. Tales eran en particular las ideas del duque de Montebello, embajador en San Petersburgo; del duque de Gramont, embajador en Roma; del marqués de Moustier, del príncipe de La Tour d'Auvergne, del marqués de Ferrière de Vayer, ministros de Francia, uno en Berlín, el otro en Turín, y el tercero en Florencia. Así, pues, la diplomacia imperial estaba en absoluta oposición con el programa del emperador; este último lo sabía muy bien; pero lejos de quejarse, lejos de desaprobár á sus agentes, los conservaba en sus puestos, sirviéndose de ellos para disimular mejor á las potencias extranjeras sus intenciones y sus verdaderos designios.

No era por eso espectáculo menos curioso ver á un soberano conspirar, en su política extranjera, no solamente contra las Cámaras, sino contra sus ministros, sus diplomáticos, sus prefectos, y en una palabra, contra todo su gobierno.

¿Tenía por lo menos Napoleón III, para sostenerle en sus proyectos en favor de la causa italiana, el apoyo material ó moral de Inglaterra? De ningún modo; y vamos á probar por documentos incontestables que, lejos de favorecer el programa del rey Víctor Manuel y del conde de Cavour, la reina Victoria y el gobierno británico se declararon con la mayor energía en favor de la conservación de los tratados, y de consiguiente, por el dominio austriaco en Milán y en Venecia.